

El

Arcediano de  
San Gil

Marguina



# EL ARCEDIANO DE SAN GIL

EPISODIO DRAMÁTICO HISTÓRICO

en un acto y en verso

ORIGINAL DE

## DON PEDRO MARQUINA

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el TEATRO  
MARTÍN, de esta Corte, el día 31 de Enero de 1873



QUINTA EDICIÓN



MADRID

8. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 13

Teléfono número 551

1904



Á LOS SEÑORES

D. Enrique Zumel, Francisco Domingo,  
Antonio Alvarez, Juan Rodríguez  
Rubí, Eloy Perillán Buxó, Ramón  
Marsal, Eduardo Navarro y Gonzalvo,  
Francisco Américo, Manuel Tormo,  
Joaquín Huarte, Eduardo Fraile y  
Pedro Moreno

dedica este drama su amigo verdadero,  
y hermano en glorias y fatigas,

*P. Marquina.*



# REPARTO

---

## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

ANA.....	DOÑA DOLORES CARCELLER.
EL REY DON PEDRO.....	DON FRANCISCO DOMINGO.
ARCEDIANO.....	JOAQUÍN HUARTE.
JUAN DIENTE.....	PEDRO JOSÉ MORENO.
ALCALDE.....	EDUARDO FRAILE.

*Gente de justicia*

---

**Época: Reinado de Don Pedro I de Castilla**



y esforzarse en contener  
las fuentes del sentimiento?  
¿Viste algún hombre luchar  
en medio de la corriente  
de ancho río, que rugiente  
le arrastra al profundo mar?  
¿Has visto al águila herida,  
cual dando impulso á su vuelo  
pretende escalar el cielo  
para defender su vida?  
Pues yo, desde que ocasión  
tuve de ver tu semblante,  
y en tu mirada radiante  
palpita mi corazón,  
lucho con afán violento  
en medio de esta corriente,  
con la boca de la fuente,  
con el río y con el viento.

ANA

ARCED.

ANA

ARCED.

¡Qué horror!  
¡Inútil afán!

Basta.

Rompióse la valla.

¿Quién cuando el volcán estalla  
tapa el cráter del volcán?

ANA

ARCED.

¡Oh!

Grave, místico, austero,  
antes de verte vivía  
feliz, bajo la sombría  
nave del templo severo.  
Una mañana, ¡ay de mí!  
la iglesia resplandeció  
de pronto; mi alma tembló;  
volví la vista y te ví.  
Te contemplé arrodillada  
fijo en Dios el pensamiento;  
tu cuerpo en el pavimento  
y en la Virgen tu mirada.  
Sentí vacilar mi fe;  
habló el corazón veloz,  
y al estruendo de su voz  
me puse temblando en pie.  
En vano quise rezar;  
miré al altar, y asombrado  
exclamé: ¿por qué han variado



la Virgen de su lugar?  
—¡Sacrilego!—dijo airada  
una voz, y me miró  
Jesús; él fué quien habló;  
yo me desplomé en la grada.  
¡Cielos!

ANA

ARCED.

Desde entonces luchó  
tenaz con mi amor maldito,  
y de la conciencia el grito  
por todas partes escucho.  
Olvidad.

ANA

ARCED.

Vana defensa:  
¿quién pone al amor reparo?

ANA

La Virgen os dará amparo  
y el cielo su recompensa.

ARCED

¡El cielo!

ANA

Quiso el Señor  
probaros; su voz oid.

ARCED

¡Jamás!

ANA

Entonces decid  
que buscáis mi deshonor.

ARCED.

¡No!

ANA

Torpe al negarlo estais:  
¿cómo si sois Arcediano,  
haréis creer á un cristiano  
que á ser mi esposo aspirais?

ARCED.

¡Oh!

ANA

Para ir del bien en pos  
sois sacerdote del templo,  
y si no dais buen ejemplo,  
servís al diablo y no á Dios.

ARCED.

¿Me escarneces?

ANA

¿Cómo osais  
pensar que á amaros acierte  
si ni aun respetais la muerte  
y ante su imagen estais?  
¿Cómo queréis que me cuadre  
vuestro amor .. ¡vuestra locura!  
si le negais sepultura  
al cadáver de mi padre?

ARCED.

Dame tu amor; obtendrás  
cuantos tesoros encierro,  
y haré á tu padre un entierro  
cual ninguno otro verás.

- ANA            ¡Oh, sorda-su alma querida  
debe estar, pues si os oyera,  
indignada descendiera  
para volverle á la vida!  
¿Cómo con tal desvario  
maltratais vuestra conciencia,  
cómo hablais asi, en presencia  
de ese cadáver sombrío?  
(Señalando á la izquierda.)  
Ved; su rostro macilento,  
su fija y ciega mirada  
á la luz amortiguada  
de ese cirio amarillento,  
justo castigo os augura  
que Dios le dicta en la gloria;  
no deshonréis su memoria  
y dadle su sepultura.
- ARCED.        Cede, y en piedra labrada  
será su nombre esculpido.
- ANA            Aquel que honrado ha vivido,  
tumba necesita honrada.  
Su víctima el criminal  
encierra en un panteón,  
mas la eterna maldición  
rompe el mármol sepulcral.  
Si cayese en el delito  
que a vuestra alma precipita,  
yo de mi padre maldita  
fuera, cual vos sois maldito.
- ARCED.        ¿Conque decidida estás?
- ANA            A luchar y resistir.
- ARCED.        Yo á negar.
- ANA            Y yo á morir,  
si negais.
- ARCED        Pues morirás.
- ANA            ¡Oh!
- ARCED.        Tiembla si en odio insano  
se trueca mi amor profundo,  
pues no hay poder en el mundo  
que te libre de mi mano.
- ANA            (¡Cielos!)
- ARCED.        En iras deshecho  
se despierta mi rencor.  
¡Ay si se ve mi dolor  
en el tuyo satisfecho!

ANA La fe es mi norte; en Dios creo.  
ARCED. O te ampara su piedad,  
ó ha de ser tu voluntad  
esclava de mi deseo.  
ANA Nada á su poder igualo.  
ARCED. No esperes que eso me asombre.  
ANA ¡No hay demonio como el hombre  
que se decide á ser malo!  
ARCED. En eso debes pensar;  
fuerza es que tu pecho ceda,  
y piensa, en fin, que se queda  
tu padre sin enterrar. (Vase por el fondo)

## ESCENA II

ANA. Se arrodilla frente á la alcoba

¡Padre mío! de tus males  
muéstrase avara la suerte  
cuando logra que la muerte  
te retenga en sus umbrales.  
Mas no temas que rendida  
caiga al contrario furor,  
que es en mi pecho el honor  
dulce savia de la vida.  
Tres días há que á la guerra  
de este mundo renunciaste...  
¡tres días! y aun no lograste  
hallar tu manto de tierra.  
Mi esperanza desconfía  
por más que la fe me abona,  
y temo que me abandona  
el Señor...

### ESCENA III

DON PEDRO y ANA. Aparece en la puerta el rey Don Pedro vestido modestamente

PEDRO

¡Ave María!

ANA

¡Cielos! (Levantándose.)

PEDRO

No temais, rapaza,  
al verme entrar de rondón;  
que es en mí franca costumbre,  
prueba de que siempre voy  
á dónde pueda ser útil,  
con la más sana intención.

ANA

No comprendo. (¿Quién será?)

PEDRO

Si es que os infundo temor,  
decidlo y vuélvome al punto.

ANA

Nobleza adivino en vos  
y confiada os contemplo;  
pero estoy sola, señor,  
y es justo, pues así entraís,  
que quiera saber quién soís.

PEDRO

Yo os lo diré en breve plazo,  
si dejar puedo el portón.

ANA

Pasad.

(Don Pedro se adelanta, y al reparar en la alcoba se detiene un momento.)

PEDRO

¡Ah! ¿Velando estais?

ANA

A mi padre que murió  
tras lento sufrir.

PEDRO

¡Por Cristo!  
comprendo vuestra aflicción,  
y me explico los lamentos  
de la dolorida voz  
que á mi aventurera planta  
frente á esa puerta paró.  
Causa distinta buscando  
á vuestro acerbo dolor,  
entré aquí por si mi espada  
llegaba en buena ocasión  
para defender á un debil  
de un fuerte contra el vigor,

ó terminar á espada  
cualquier reñida cuestión.

ANA  
PEDRO

¿Por las trazas sois hidalgo?  
Soy honrado, que es mejor;  
y aunque la propia alabanza  
tengo por ruin presunción,  
de tan rara cualidad  
puedo alabarme con vos,  
que no habéis de hacerme rey,  
papa, ni cosa peor.  
Yo hago bien siempre que puedo;  
y aunque tan pequeño soy,  
por raras casualidades  
que no entiende mi razón,  
allí á donde á Dios se invoca  
suelo aparecerme yo.

Los infames que se rinden  
á mi brazo y corazón,  
dan en llamarme después  
cruel, injusto, feroz...

Mas los injustos son ellos,  
creedlo, pues, ¡juro á Dios!  
que los golpes que descargo  
golpes de justicia son.

Mi nombre no importa nada,  
ni da ni quita valor;  
que puede cambiarse un nombre  
y el sentir del alma no.

ANA

No sé por qué al escuchar  
vuestra franca narración,  
treguas está dando al pecho  
la fuerza de mi dolor.

PEDRO

Es natural, pobre niña;  
sin duda huérfana sois.

ANA

Cierto.

PEDRO

¿Y nadie en este trance  
á consolaros llegó?

ANA

Nadie; sola en mi amargura  
se estrellaron con furor  
los tormentos en mi pecho,  
y sin rechazarlos yo  
me complacía en llorar  
junto al que ya del Señor  
la gloria estará gozando,

pues pensaba en mi aflicción  
que regando con mis lágrimas  
la planta que feneció,  
á fuerza de riego tanto  
reviviría la flor.

PEDRO

¡Infeliz!

ANA

Llorando así  
un día y otro pasó;  
sola y triste he contemplado  
huir la dicha veloz;  
sólo aquí quedó el quebranto (El pecho.)  
con su perenne tesón.

PEDRO

Pláceme que á mí llegase  
el quejumbroso rumor  
que torciendo mi camino  
á esta casa me guió,  
asimilándome al ave  
que por decreto de Dios  
á consolar va el destierro  
del marítimo peñón.  
¡Ah! no os aflija la muerte  
del ser á quien Dios llamó;  
para el que vive muriendo  
morir es un galardón.

El hombre nace á luchar;  
júzgase conquistador,  
toma por verdad el sueño,  
y conquista en conclusión  
una fosa, donde esconde  
pena, mentira y rubor.

ANA

Alguno hay tan desgraciado,  
de tan pobre condición,  
que no pudo conquistar  
tras una vida de horror  
ni aun esa fosa común  
que la tierra le ofreció.

PEDRO

No os entiendo.

ANA

Muerto el hombre  
necesita enterrador.

PEDRO

¿Y bien?...

ANA

¡Ay! mi pobre padre  
tres días há que murió.

PEDRO

¿Tres días y sepultado  
no ha sido? ¿Por qué razón?

ANA No puedo pagar su entierro.  
PEDRO ¡Voto á Santiago! (con ira.)  
ANA (Asustada.) Señor...  
PEDRO ¿Pues qué, la iglesia en Castilla  
no tiene la obligación  
de dar sepultura á un muerto?

ANA Si no se le paga, no.  
PEDRO ¿Qué judío renegado  
os dijo tal? Por quien soy  
que si con él me tropiezo  
de un revés te parto en dos.

ANA Señor...  
PEDRO Decídmelo todo:  
¿quién ha sido el impostor  
que así en mengua de las leyes  
este reino derigró?

ANA ¡Yo!...  
PEDRO Decidlo.  
ANA El Arcediano  
de San Gil...

PEDRO (Ese traidor.)  
ANA Dice que si no le pagan  
no da sepultura.

PÉDRO ¡Oh!  
ANA ¿Qué os sucede? Me dais miedo.  
PEDRO ¿Acaso es poco el borrón  
que se echa sobre Castilla  
para que un hombre de honor  
con tal noticia no estalle  
de rabia y de indignación?

ANA Es cierto.  
PEDRO ¿Y á la justicia  
no os quejásteis?

ANA Fuera error  
el hacerlo; ya otras veces...

PEDRO ¡Qué!  
ANA Mi padre la invocó  
contra nobles poderosos,  
y fué vano su clamor.  
¡La justicia! ¡Para el pobre  
no hay justicia!

PEDRO ¡Ira de Dios!

ANA Id á buscar á ese clérigo.  
Señor...

PEDRO

Id sin dilación,  
y decidle si se niega  
que voy á buscarle yo.

ANA

(No hay medio de resistirle,  
que en su gesto y en su voz  
demuéstrame ser persona  
de elevada condición.)

Vase por el fondo después de ponerse un rebocillo ó  
manto que habrá sobre una silla.)

## ESCENA IV

DON PEDRO

Pobre, desdichada ley:  
ayer augusta, hoy rastrera  
por esa estúpida grey.  
¡No hallaren mejor manera  
de conspirar contra el rey!  
¡Cielo! ¿Qué negro capuz  
envuelve á la estrella mía,  
que en mi desventura impía  
en vano busco su luz  
y no me sirve de guía?  
Mis vasallos engañados  
por viles conspiradores,  
júzganse mal gobernados,  
y achácanme alucinados  
las culpas de los traidores.  
Búscole al pueblo solaz,  
mas con intención sagaz  
en patrullas mueven guerra,  
y no hay una villa en paz  
en mi desdichada tierra.  
Si franco en cualquier momento  
confío mi sentimiento,  
me lo pagan con tal mengua,  
que ya no quiere mi lengua  
ni saber mi pensamiento.  
¡Amigos! ¡Torpe ilusión!  
¡Si mi hermano es mi contrario!  
¡Si por colmo de aflicción  
hasta en el confesonario



se revuelve la traición!  
¡Y aun me llaman el cruel  
porque recto y justiciero  
la ley respetada quiero!...  
pero soy ¡voto á Luzbell!  
¡el rey don Pedro el primero!  
Y aunque el mundo entero intente  
de tanta vileza en pos  
arrojarme en la pendiente,  
he de morir ¡vive Dios!  
con la corona en la frente.  
Si no me queda un soldado  
de mi pueblo con el brío  
vertiendo de sangre un río,  
sobre sus hombros ¡á nado  
se salvará el trono mío!  
Sólo en ese pueblo brilla  
el sol de la lealtad;  
venga, pues, junto á mi silla,  
y asombro sea Castilla  
de la venidera edad .  
¡Sobre mi trono velando  
guarde el pueblo mis grandezas,  
mientras yo por él lidiando,  
le iré poco á poco alzando  
un alcázar de cabezas!

## ESCENA V

DON PEDRO, JUAN DIENTE. Juan Diente aparece en la puerta y oye los últimos versos de don Pedro. Juan Diente traerá la maza pendiente del cinturón

JUAN            ¡Hola! Según se vislumbra,  
tenemos recia tormenta.

PEDRO          ¿Quién es?

JUAN            Dísteis en tardar  
y temí...

PEDRO          Brava simpleza.

JUAN            Señor... (Hace ademán de retirarse.)

PEDRO          Juan, acércate.

(Juan repara en la alcoba, y se detiene quitándose el birrete.)

Es un muerto, ¿qué te altera?

JUAN

Señor, respetarle debo...

no por él, por quien le vela.

PEDRO

Juan, vamos luego al asunto

y á un lado lisonjas deja.

Necesitaré tu brazo

en breve.

JUAN

Loado sea

mi destino. Eso me indica

que habéis hallado la huella

de algún traidor fementido.

PEDRO

¿Y la noticia te alegra?

JUAN

¡Sí por Dios! que está mi mano

á dar mazadas tan hecha,

que el día en que no las doy

ando de mala manera.

Ha un instante me he dormido

junto al marco de esa puerta,

con sueño sobre los ojos

y atalaya en las orejas,

buscando reposo al cuerpo;

pero con tan mala estrella,

que ni siquiera he soñado

que cortaba una cabeza.

PEDRO

Juan, la repetida usanza

de tu terrible tarea

te ha hecho sanguinario, y esto

Dios sabe cuánto me pesa.

JUAN

¡Bahl (Encogiéndose de hombros.)

PEDRO

Más que tu rey, tu amigo

quiero ser.

JUAN

Si vuestra alteza

perdiese el brazo derecho

en riña ó campal pelea,

lo cual mientras Juan respire

es difícil que suceda,

bien que no quedábais manco

podía decir cualquiera,

en tanto que de mis hombros

estos dos brazos pendieran.

Conque si os place, señor,

no habléis de vuestra conciencia,

que á mí me basta y me sobra  
sólo con saber que es vuestra.  
Juan Diente, el perro leal  
que humilde vuestros pies besa,  
es dichoso con lamer  
la mano que le sustenta.  
Si el mundo os tiene por malo,  
diga el mundo lo que quiera;  
á mí me habéis hecho bien,  
y no habrá quien me convenza  
de que puede ser malvado  
el que en ocultas empresas  
riñe con los poderosos  
defendiendo á la pobreza.

Yo siento lo que sentís;  
pienso lo que mi rey piensa;  
tengo para mis asuntos  
largas manos, corta lengua,  
y el secreto que me trago  
se lo ha tragado la tierra.

PEDRO

Cielos, si ofenderos pude,  
no recordéis mis ofensas;  
que á quien tal servidor tiene  
no hay desdicha que le venza.

JUAN

¿Desdichas? Muchas tenéis;  
bien las conozco, y me aqueja  
no poder á mi albedrío  
reunir en una pieza  
de los que sufrir os hacen  
las venenosas cabezas,  
para tornarlas en polvo  
con un golpe de mi diestra.

PEDRO

Gracias, Juan.

JUAN

Si tal lograse,  
tranquilo, señor, muriera.

PEDRO

Tú eres el único amigo  
que tengo sobre la tierra.

JUAN

Señor...

PEDRO

A Dios me encomiendo  
y acato cuanto él me ordena.  
No hablemos, pues, de nosotros,  
y á lo que más interesa  
volvamos nuestra atención.

JUAN

Hablad, que impaciente espera  
vuestro siervo.

PEDRO

¿Viste ha poco  
salir de esta casa mesma  
una mujer afligida?

JUAN

Sí la he visto.

PEDRO

Esa doncella  
es huérfana, y el mortal  
que en esos restos viviera (Señalando la alcoba.)  
fué su padre, que murió  
ya hace tres días.

JUAN

No acierta  
mi razón á concebir  
de tal caso la certeza;  
¿si murió tres días ha,  
cómo es que no se le entierra?

PEDRO

El bondadoso Arcediano  
de San Gil...

JUAN

¿Qué brava pieza!

PEDRO

Si el entierro no le pagan  
la sepultura le niega.

JUAN

¡Vive Cristo!

PEDRO

Así se infama  
la religión verdadera  
por los mismos sacerdotes  
á quienes Dios la encomienda.  
Así en Castilla se entiende  
la caridad; así huellan  
mis leyes; así me ultrajan.  
¡Vive Dios! ¡Qué más hicieran  
los moros con un cristiano!  
Y aun se asombran de que hiera  
con golpe rudo y certero  
á tan infame caterva.  
¡Qué más justificación  
puede hallar mi saña fiera!  
¿Por qué me llaman cruel  
si ven con tanta frecuencia  
mi justicia escarnecida  
y mi autoridad deshecha?  
Por todas partes traidores;  
crímenes mil por do quiera.  
¿Qué he de hacer? ¿Qué laberinto  
es este que me rodea,  
que continuamente veo  
multiplicarse sus sendas?

¡Ira de Dios! ¡Loco estoy!  
La sangre mis ojos ciega.  
¡Y esto es reinar! ¡Y esto es trono!  
¡Maldita, maldita herencia!  
Señor, calmaos.

JUAN  
PEDRO

¡Calmarme!  
Dime, Juan Diente, ¿qué hicieras  
con ese apóstol falsario  
que así á mi justicia reta?

JUAN

¡Qué hiciera yo! ¡Por San Juan!  
si profanación no fuera,  
amarrarle á ese cadáver;  
tenerle así una docena  
de días expuesto al vulgo  
en el atrio de su iglesia,  
y luego darlo á Juan Diente  
para acabar la sentencia. (Brío.)

PEDRO

¿Y qué haré con la justicia  
que así por mis leyes vela,  
y con los nuevos traidores  
que luego á injuriarme vengán?  
¡Ay, Juan! (Estallando en llanto.)

JUAN  
PEDRO

¿Llorais?  
Sangre lloro;  
deja que sangrarme pueda,  
y sean los ojos causa  
de que no estallen mis venas.

JUAN

Con Dios y contigo á solas  
salga á mi rostro la pena  
que aprisiona el corazón;  
que aunque de acero tuviera  
el pecho, con tales golpes  
y tan repetidas pruebas,  
para llegar hasta el alma  
camino el dolor se abriera  
Llorad, señor, sin cuidado.  
Yo tengo el cráneo de piedra  
y de hierro las entrañas,  
y sin que nadie lo vea  
suelo llorar, como bueno,  
las desdichas que os aquejan  
Llorad, que razón os sobra,  
y la razón no es afrenta;  
verted el llanto, del cual

no ha de acordarse mi lengua;  
el honor de recibirlo  
nadie á disputarme venga;  
vertedlo sobre mi pecho;  
no hay otro que más os quiera  
en cuantos mundos cobija  
el manto de las estrellas.

PEDRO Juan, es preciso un castigo  
terrible; tal, que estremezca  
al mundo.

JUAN Hagamos si os place  
un rosario de cabezas;  
poned la del Arcediano  
por cruz, y con tales nuevas,  
mandadme de embajador  
á Roma, que aunque se venga  
sobre mí toda la Italia  
y se me trague la tierra,  
vuestro nombre quedará  
donde bien alto se vea.  
Vé por la justicia.

PEDRO

JUAN

¿Cómo?

PEDRO

Ronda esta calle con ella;  
no te des á conocer,  
y en cuanto te llamen, entra.

JUAN

Vóime, pues.

### ESCENA VI

DON PEDRO, JUAN, ANA

ANA

(Entrando.)

Señor.. ¡Ah! (Al ver á Juan.)

PEDRO

(A Juan.)

Vete.

JUAN

¡Pobre muchacha! (vase.)

PEDRO

No temas;

ese hombre es un buen amigo  
que nos ayuda.

ANA

Se acerca

el Arcediano.

PEDRO

Está bien;

vuelve á tu súplica, expresa  
tu deseo de ir al rey  
para que te ampare, y piensa  
que yo pronto á defenderte  
estoy tras de aquella puerta. (Lateral.)  
Sus pasos oigo.

ANA

PEDRO

Háblale

con valor y con firmeza. (Se oculta.)

## ESCENA VII

ANA, ARCEDIANO, DON PEDRO oculto

ARCED.

¿Acaso ya más humana,  
en tu destino pensando,  
tu pecho á mi amor se allana?  
(¿Qué oigo?)

PEDRO

ANA

Tened la villana

lengua, que me está injuriando.

ARCED.

Si no buscas ocasión  
de implorar mi compasión  
para mitigar tu mal,  
no alcanzo por qué razón  
me llamas con prisa tal.

ANA

Vuestra compasión imploro;  
mas no en contra mi decoro  
la quiero, cual me la dais,  
pues al honor que atesoro  
villanamente aspirais.

PEDRO

ARCED.

(¿Esto más? ¡Voto á Luzbel!)

En vano vierte su hiel  
esa desdeñosa boca;  
ya por tu saña cruel  
tornóse mi pecho en roca.  
Verte y al punto adorarte  
el destino me ordenó,  
mas mi amor al revelarte  
tu desdén me contestó... (Transición.)

No volveré á importunarte.

Altiva me has despreciado.

Soy honrada.

ANA

ARCED.

Bien lo sé.

Por serlo tanto, has forjado  
el odio y lo has colocado  
en el altar de mi fe.

Por eso el fiero dolor  
me lanza en tal extravío,  
que con impulso de horror  
te idolatra el odio mío  
y te aborrece mi amor.

Por vencerte y obligarte  
desprecio el santo deber;  
vé si querré esclavizarte,  
cuando sólo quiero amarte  
por hacerte padecer.

ANA

Para infamia tan cumplida,  
para intentos tan villanos,  
el mundo no inventó herida;  
por eso aquí con mis manos  
no os quiero arrancar la vida.  
No hablemos de esa pasión;  
que si el corazón la oyera  
fuera tal su indignación  
que hasta de mi pecho huyera  
espantado el corazón.

Buscad un reino ignorado  
para empresas tan villanas.  
Aquí, pese á vuestro grado,  
nacen con pecho esforzado  
las plebeyas castellanas.  
Y antes que podáis lograr  
vuestro temerario intento...

¿Qué diré? Le han de faltar  
estrellas al firmamento  
y arenas al ancho mar. (Brío.)

ARCED.

Puedo ser hasta homicida  
si no consigo vencerte.

ANA

Pues moriré agradecida;  
que para el bueno, la muerte  
es el premio de la vida.

ARCED.

¡Oh!

ANA

Matadme; nuestros sinos  
van por distintos caminos...  
¿Qué hacéis? ¡Quiméricos sueños!  
¡Los corazones pequeños  
ni aun saben ser asesinos!



PEDRO (¡Vive Dios que me cautiva tan heróico valor!)

ARCED. Dices bien, y fuera error matarte; quiérente viva mis iras y mi rencor. En tu pecho he de verter la ponzoña que bebí, y en vano lejos de mí querrás estar; me has de ver siempre delante de tí.

ANA ¡Infame!

ARCED. Juré vengarme.

PEDRO (¡Mal mi coraje resisto!)

ARCED. ¿Qué has de hacer para evitarme?

ANA ¿Qué he de hacer? Arrodiárame á los pies de Jesucristo. (Con dulzura.)

Con semejante atalaya ningún corazón desmaya. Si Dios me presta su luz, siempre he de hallar una cruz por donde quiera que vaya.

A su resplandor sagrado veréis vuestra fealdad, siendo en tan horrible estado nuevo Lucifer lanzado á la eterna oscuridad.

ARCED. ¡Calla! (Con ira.)

ANA Fuerza es que busquéis vuestra propia salvación y tumba á mi padre deís.

ARCED. ¡Nunca!

ANA ¿En tan poco tenéis vuestra santa obligación?

ARCED. A mi corazón el ruego no llega de tu esperanza: que ya es en mí la venganza ancho torrente de fuego que destruye cuanto alcanza.

ANA Ved que hay en Castilla ley.

ARCED. Mas la alguacilesca grey se humilla ante el poder mio.

ANA ¡Ay de vuestro poderío si á quejarme llego al rey!

ARCED. ¿Al rey? inútil anhelo; (La toma por un brazo.)

al rey, que en sangre embriagado,  
en ser pone su desvelo  
de criminales dechado.

ANA

¿Qué decís?

PEDRO

(¡Rayo del cielo!)

(El Rey sale sin ser visto, se desliza hacia el foro y luego viene á colocarse con pausa en medio de los dos.)

ANA

No digais eso delante  
de ese cuerpo. que arrogante  
luchó del bastardo en mengua,  
ó temed que se levante  
para arrancaros la lengua.

ARCED.

¡Si evitas á Lucifer  
porque ver á un rey deseas,  
á quien por no fenecer  
de horror, jamás quise ver!

PEDRO

(Al Arcediano.)

¡Ay de tí cuando le veas!

ARCED.

¿Qué es esto? (Sorprendido.)

PEDRO

(A Ana.) Idos á rezar  
por el alma de ese anciano.

(Ana entra en la alcoba; don Pedro cierra primero la puerta del aposento, donde se supone estar el cadáver; luego hace lo mismo con la del foro, se quita el birrete y la capa; y contesta al Arcediano con calma.)

## ESCENA VIII

DON PEDRO y el ARCEDIANO

ARCED.

¿Quién sois?

PEDRO

Un hombre cristiano  
que se viene á confesar.

ARCED.

¿Os burlais?

PEDRO

No, voto á brios,  
ni es posible que lo intente,  
siendo humilde penitente  
y apóstol del cielo vos.

ARCED.

Mal vinistéis: á tal hora  
á escucharos no me allano.

PEDRO

Deber es del Arcediano  
escuchar á quien implora.

- ARCED. (Casi me infunde temor.)  
PEDRO Criminal arrepenada  
el alma, busca afligida  
que la escuche un confesor.  
Fuí á buscaros: no os hallé;  
de vuelta vine hacia aquí,  
por casualidad os ví  
desde la calle (Señalando á la ventana.) y entré.
- ARCED. Justas son vuestras razones,  
mas no las puedo apreciar.
- PEDRO ¿Por qué?
- ARCED. Porque no es lugar  
este para confesiones.
- PEDRO (Mal seguro le contemplo.)  
Ved que es una casa honrada;  
con esa imagen sagrada,  
está Dios como en un templo.  
Templo cual otro no he visto,  
pues no me acierto á explicar  
la riqueza en el altar  
siendo pobre Jesucristo. (Rápido.)  
Oídme.
- ARCED. No he de escucharos. (Hace que se va.)
- PEDRO Teneos.
- ARCED. Molesto estais.
- PEDRO Si vos no me confesais,  
tendré yo que confesaros.
- ARCED. ¡Delirais!
- PEDRO ¿Por qué razón?
- ARCED. ¿Cuándo vísteis confesar  
á un sacerdote un seglar?
- PEDRO Lo veré en esta ocasión.
- ARCED. No hagais que mi alma agote.
- PEDRO Si presumis de malvado,  
¿qué mucho que un hombre honrado  
presuma de sacerdote? (Rápido.)
- ARCED. Me insultais...
- PEDRO No de intención,  
que soy cortés á fe mía.
- ARCED. Pues dejad la cortesía.
- PEDRO Decid, pues, la confesión.
- ARCED. ¡Otra vez!
- PEDRO Tened paciencia;  
y pues guardais el pecado,

vos me diréis si he logrado  
leer en vuestra conciencia.

ARCED. Mozo, sois un mentecato,  
y el escucharos me afrenta. (Quiere irse.)

PEDRO ¡Arcediano, á buena cuenta,  
si no me escuchas te mato!

ARCED. ¡Qué!

PEDRO Dime, perro traidor, (Le toma por el brazo )  
vil falsario, mal nacido:

por el Papa revestido  
para ser conspirador,

¿no eres tú el vil mercenario  
de ese bastardo sin ley,

que lazos tiende á su rey  
dentro del confesonario?

¿No eres el que por su mal  
odio á don Pedro pregona,

y alza contra su corona  
la falange clerical?

¿El que no encontrando dique  
á su rastrera ambición,

dice que la religión  
peligra sin don Enrique?

Tiempo ha que tu vida es esa,  
lo sé; conozco tu bando.

ARCED. ¡Basta!

PEDRO Ya vas confesando. (Transición.)

¡Confiesa, impostor, confiesa!

ARCEL. Todo es verdad. No me arredro:  
mas dime al menos tu nombre.

¿Quién eres?

PEDRO Yo soy... un hombre  
que defiende al rey don Pedro.

ARCED. Digno es de causa mejor  
quien con ribetes de duende  
tales secretos sorprende  
y hace tan buen confesor.

PEDRO ¿Causa mejor?

ARCED. Un tirano  
sólo desdichas predice.

PEDRO ¡Oh!

ARCED. No soy yo quien lo dice,  
sino el pueblo castellano.  
Siempre rebosando hiel,

don Pedro mancha la gloria  
de su corona, y la historia  
ha de llamarle el cruel.  
¿Quién habrá que sus acciones  
mirando, no le denigre?  
No es justo que venga un tigre  
á reinar entre leones.

PEDRO

Vil renegado, ¡ay de tí,  
si tu lengua me provoca!  
Ponle candado á tu boca  
ó no respondo de mí.  
Tigre, cruel, carnicero;  
todo eso le llamaréis,  
mas ¿qué otro rey hallaréis  
más noble y más caballero?  
Si la traición os ampara,  
¿por qué altivos os preciais  
de leones, y no vais  
á buscarle cara á cara?  
¡Ah! vuestros labios fatales  
predicando el egoísmo,  
están abriendo un abismo  
entre el cielo y los mortales.  
A Dios alzais un retablo  
cubierto de seda y oro,  
y os encerrais en el coro  
á conspirar con el diablo.  
Estas son vuestras hazañas;  
en la sombra peleais,  
y al pobre pueblo engañais  
contándole mil patrañas.  
Mas si brilla la verdad  
ante ese pueblo inocente  
y luce resplandeciente  
el sol de la lealtad,  
¡ay de tu necia patrulla!  
Alzará el rey su cuchilla,  
y no quedará en Castilla  
la sombra de una cogulla.  
Pues si es modelo de reyes,  
¿por qué degüella su grey?  
¿Y qué culpa tiene el rey  
si no respetan sus leyes?  
¿Si hay apóstol renegado

ARCED.

PEDRO

que olvida la religión  
y por una vil pasión  
sus votos ha quebrantado?

ARCED.

PEDRO

Vuestro desacierto;  
queréis á cambio obtener  
el honor de una mujer  
por el sepulcro de un muerto.

(Movimiento del Arcediano.)

¡Oh! no os queráis disculpar.

¿Quién á la muerte no acata?

Don Pedro á los hombres mata,  
pero los manda enterrar.

ARCED.

Mas ¿quién sois que de tal suerte  
os levantáis contra mí?

Decidlo.

PEDRO

Yo soy aquí  
el defensor de la muerte.  
Sabrá el rey vuestros errores,  
y os empeño juramento  
de que seréis escarmiento  
de apóstatas y traidores.

ARCED

Nadie podrá ser testigo  
de lo que vais á contar.

PEDRO

Al rey para sentenciar  
le basta y sobra conmigo.

ARCED.

¡Ah! ya advierto vuestro juego;  
comprendo por qué me odiais  
y por el muerto abogais.

¡Vive Dios que estuve ciego!

PEDRO

¿Qué me oculta tu semblante  
tras ese aspecto infernal?

ARCED.

Ambos sois tal para cual,  
y es digna de tal amante.

PEDRO

(Se precipita con furor sobre el Arcediano, al cual derriba y sujeta por el cuello, mirándole con ira.)

¡Vilano! ¡Infame! ¡Rastrero!

ARCED.

¡Cielos!

ANA .

(Saliendo precipitadamente.)

¿Qué sucede aquí?

¡Ah! perdonadle. (Al rey.)

ARCED.

¡Ay de mí!

Llegó mi instante postrero.

PEDRO

De valor hiciste alarde

y tiemblas, mas sin razón;  
que no se mancha el león  
con la sangre de un cobarde.

(Le arroja á un extremo y sube al foro.)

¡Juan!

(Aparece Juan Diente, don Pedro le hace una seña y vuelve á salir.)

Os entrego á la ley. (Al Arcediano.)

ANA

¿Quién sois que á tanto llegais?

PEDRO

¿Quién soy? A saberlo vais.

ARCED

(¡Ah, por fin!)

(Entra Juan, el Alcalde y gente de Justicia. El Alcalde se encara con don Pedro y cae de rodillas.)

## ESCENA IX

DICHOS, el ALCALDE y JUAN

ALC.

¡El Rey!

ANA

¡El rey! (Caen de rodillas,)

ARCED.

PEDRO

¡Alzad! (Ana y el Alcalde se levantan.)

ALC.

¿Qué ordenais, señor?

PEDRO

A vos nada.

ALC.

(¡Mal barrunto!)

ARCED.

(¡Perdido soy!)

PEDRO

Juan, al punto  
sujétame á ese traidor.

(Juan ata los brazos del Arcediano con el tirapié que habrá sobre la mesilla del zapatero.)

Y vos... (Al Alcalde.)

ALC.

(¡Me veo alguacil!)

JUAN

Ya está.

ARCED.

El cielo me confunda.

PEDRO

Una fosa, ancha y profunda  
preparad frente á San Gil.  
En ella hay que sepultar  
á ese muerto...

(Señalando á la alcoba. Luego se vuelve al Arcediano.)  
atado á vos.

Juan, que se encomiende á Dios;  
vivo me lo has de enterrar.  
Vos elegid un convento





figuras esperan á que Ana concluya su oración, convenientemente colocadas, y todos se van cuando el Alcalde sube al foro, mientras dice don Pedro los cuatro versos siguientes con la vara en la mano.)

Pase á juez el caballero,  
y diga la historia fiel  
si fui don Pedro el Cruel  
ó don Pedro el Justiciero.



FIN DEL DRAMA



# CUATRO PALABRAS

## A LOS ACTORES

QUE HAN REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ ESTE DRAMITA

Dolores Carceller: usted, con su gran corazón y su buen talento, ha hecho de la pobre hija del menestral Zapata una de esas creaciones que dejan profundo recuerdo en el público. Francisco Domingo: ¿qué podré decirte que no te hayan dicho los bravos y palmadas que has conquistado al representar en esta humilde obra (cuyo triunfo principalmente se debe á tí) el papel del rey Don Pedro? Joaquín Huarte: la indignación del público hacia el malévolo Arcediano, es la prueba mejor de la perfección con que has logrado dar vida al tipo que yo he pretendido delinear. Pedro Moreno: la rudeza, el brío y el excelente corazón del ballestero fiel del rey don Pedro, ha encontrado en tí perfecta interpretación; Juan Diente no puede quejarse, si por acaso desde otro mundo te mira ocupar su puesto. Eduardo Fraile: tú no has podido, en tu corto é insignificante papel, desarrollar las dotes de tu buen talento; sin embargo, tus conocimientos de la escena son tales, que has dado al cuadro la última pincelada con admirable tacto y precisión digna de elogio. ¿Sabía yo lo que me hacía cuando te supliqué que vistieses el tonelete para decir esas dos palabras? Accediste al ruego del amigo, y éste se complace en hacer público su agradecimiento.

Todos habéis cuidado mi obra como si cosa vuestra fuese, y confieso con placer que vuestra es la mayor parte del triunfo. Dios nos dé larga vida, á mí para escribir comedias y á vosotros para salvarlas.



POLIZA N. 17274

